predicasen más aquella ley, ni doctrina. De manera que lo que es de Dios ello mismo se fortalece y crece más de cada día; lo que no tiene lo usurpado y quitado por modo de latrocinio y hurto, como es la adoración del demonio que, como no es propria, no se sustenta en ella y con facilidad le dejan los que tenía por suyos y se van como los perdigones tras el reclamo de la verdadera madre, que es Dios, que no sólo no pide sacrificios de hombres, pero ni aun de animales irracionales, sino corazones contritos y humillados y buenas obras con que se humillan a sus pies; y como padre verdadero los recibe, aunque hayan andado por algún tiempo como el hijo pródigo, errados y apartados del camino de su salvación; y les da a entender no sólo no ser madre el demonio, pero muy cruel madrastra que pretende antes quitar la vida que darla, como lo hacía en estas gentes que conociendo por repentino movimiento y conversión de la palabra de Dios, que oyeron ser falso el demonio, dieron en el suelo con las estatuas y simulacros de Satanás, y detestando su idolatría se dispusieron para recebir al verdadero Dios.

CAPÍTULO V. *Que prosigue la materia del fervor con que estas gentes indianas venían al bautismo; y se dicen dos casos notables que en orden de esto sucedieron*

EN ESTOS TIEMPOS Y EN OTROS que después sucedieron en todos los pueblos que había frailes, salían también poco a poco por las visitas y la voz de la palabra de Dios, que como en otro tiempo salió por todas las partes del mundo, en éste corría por todas las provincias de esta tierra y se extendía, y el fuego de la caridad y fe de el Señor se dilataba y aumentábanse los creyentes, y de otros muchos pueblos venían a rogar y procurar les diesen frailes; y en viniendo los obreros que el Señor enviaba de España a esta su mies, con algunos que acá tomaban el hábito, íbanse multiplicando los monasterios. Y como en muchas partes deseasen que siquiera los fuesen a visitar los frailes, cuando por sus pueblos los veían, gozábanse mucho con ellos y obedecíanlos en todo lo que les decían y predicaban; porque veían que era santo y bueno y conocían que lo que hasta allí habían seguido era error y ceguera. Que esto muestra la ley de Dios por experiencia, diciendo Cristo que es suave y leve de llevar, donde no hay violencias de malos tratamientos ni temores de muertes y cortamientos de miembros. Venían desalados al bautismo, unos rogando e importunando; otros para pedirlo se ponían de rodillas; otros alzaban las manos y juntas en alto gemían y se encogían; otros, suspirando y llorando, recebían el bautismo; y así, por señales visibles, se veía ir desterrado el fuerte demonio que en paz poseía estas almas, y sobrevenir el más fuerte y verdadero rey pacífico, Jesucristo, quitándole las armas de su inicua potencia y tiránica

sujeción, poseyendo la heredad que su eterno padre le da,[1] según aquello del psalmo:[2] Pídeme y darte he gentes por herencia tuya. Y que esto sea verdad, por muchos ejemplos se vio en esta Nueva España, y de ellos diré aquí sólo dos.

En Tetzcuco, yendo una mujer bautizada con un niño a cuestas, según que en esta tierra traen las madres indias a sus hijos, y el niño aún no estaba bautizado, pasando de noche por el patio que estaba delante del templo de los ídolos, salió a ella el demonio y echóle mano del niño, diciendo que era suyo porque aún no estaba bautizado; la mujer, muy espantada, llamaba el nombre de Jesús a grande priesa, y tenía fuertemente al niño, porque no se lo llevase; y cuando ella nombraba el muy alto nombre de Jesús se lo dejaba; y cuando cesaba de llamar y pedir la divina ayuda tornaba el demonio a querérselo quitar; y esto por tres veces hasta que la madre del niño, perseverando en llamar el suave nombre de Jesús, salió de aquel temeroso lugar. Otro día por la mañana, porque no le acaeciese cosa semejante, llevó el niño a la iglesia para que los frailes se lo bautizasen y señalasen con la señal de la santa cruz, que es el tau con que el ángel señalaba los que habían de ser preservados de la muerte: y con esto se vio libre de la persecución del demonio, y el niño puesto en estado de salvación con el santo bautismo que había recibido.

En esta ciudad de Mexico pidió el bautismo un hijo del emperador Motecuhzuma, el cual era señor del pueblo de Tenayucan, y asistía en esta ciudad, y por estar a la sazón que lo pidió enfermo, fueron los religiosos a su casa, que era junto donde agora está edificada la iglesia de San Hipólito (en cuyo día se acabó de ganar la ciudad); sacaron al enfermo en una silla, con grande acompañamiento, así de indios principales como de españoles, donde concurrió la justicia que entonces gobernaba y los oficiales reales, entre los cuales estuvo el alguacil mayor, Rodrigo de Paz, primo del Marqués del Valle, que fue el padrino, y procediendo en el oficio llegaron al exorcismo, y diciendo el sacerdote aquellas palabras: *Ne te lateat Sathana, &c.*, comenzó a temblar no sólo el enfermo, mas también la silla en que estaba asentado, tan recio y con tanta fuerza, que todos los que lo vieron juzgaron que entonces salía el demonio de la compañía de aquel hombre y lo dejaba, cumpliéndose en esto lo que dice David en el psalmo 73. En el agua (que es la del bautismo) conturbaste y afligiste (Señor) las cabezas de los dragones. Y admirados del caso los presentes conocieron visiblemente la fuerza del bautismo y alabaron a Dios y le dieron gracias por la merced que a aquel bautizado hacía, de sacarle del imperio y dominio del demonio, y contarlo en el número de sus creyentes y fieles, al cual, a contemplación del padrino, se le puso por nombre Rodrigo de Paz; la cual hizo con Dios, por medio del bautismo, siendo hasta entonces de los hijos que el apóstol San Pablo llama de ira, por la enemistad que tienen con Dios, los que por algún medio necesario y determinado para la compurgación de la culpa no son limpios y purificados.

[1] Luc. 11.
[2] Psal. 24.

Destos casos bien se puede colegir que obraba Dios en estas gentes, lo mismo que prometió a sus apóstoles cuando enviándolos a predicar por el mundo les dijo que bautizasen las gentes en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo, y haciendo estas cosas de expreso mandato de Dios, lo confirmaba no sólo con palabras suyas, sino con milagros y maravillas que seguían a la predicación y bautismo, como dice San Marcos:[3] Porque se conociese y conozca que estas cosas no son invenciones de los hombres, sino misterios divinos obrados de la mano poderosa de Dios a quien sea la gloria por todo.

CAPÍTULO VI. *Del fervor de la gente de algunos pueblos de tierra caliente, y de la grande multitud de gente que se iba bautizando*

EL MONASTERIO DE QUAUHNAHUAC, que fue el quinto donde se pusieron frailes, salieron a visitar por la comarca, que es la que agora llaman Marquesado, en tierra caliente, y hallaron la gente en tan buena disposición y aparejo para ser cristianos, como en los otros pueblos que arriba se ha hecho mención, especialmente en los que llaman Yacapichtla y Huaxtepec, por el ayuda y favor que tuvieron de los indios principales que los gobernaban, por ser indios quitados de vicios, mayormente del general que reina en los naturales desta tierra y les es más nocivo y dañoso, que es de la embriaguez, como raíz y causa de otros muchos. Estos indios gobernadores que digo no bebían vino, y los que entre ellos hallaban desta calidad eran (y lo son agora) más hombres y viven más virtuosamente que los otros.

Dada vuelta por aquella comarca, volvieron los frailes por otra banda a lo que llaman Cohuixco y Tasco, donde agora son las minas llamadas deste nombre, tierra más baja y más caliente, donde entonces había mucha gente y agora bien poca. Fueron muy bien recebidos y muchos niños bautizados, e iglesias señaladas y comenzadas a edificar. Y como no pudiesen andar por todos los pueblos, o por ser muchos o por inconvenientes que se ofrecían, cuando sucedía que uno estaba cerca de otro, iban del pueblo menor al mayor para oír la palabra de Dios, y para ser enseñados en la doctrina, y para bautizar sus niños, que era lo que todos apetecían y deseaban. Cuando estos apostólicos varones salieron a esta visita era el tiempo de aguas que en esta tierra (como en otra parte decimos) comienzan por abril y mayo, y cesan por fin de septiembre o principio de octubre; y aconteció, que habiendo de venir de un pueblo a otro, donde había un arroyo en medio que los dividía, llovió tanto aquella noche que venía un arroyo hecho un gran río, y como por la mañana venía la gente del otro pueblo, hallóse aislada y detenida de aquella parte y aguardaron allí todos hasta que en el pueblo mayor se acabó el sermón y la misa y el bautismo de los

[3] Marc. 16.